

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

PAKISTÁN DE CARA A LAS ELECCIONES

Tal vez por estar Pakistán un poco a trasmano del mundo occidental, sólo en caso de graves acontecimientos emergen a la superficie informativa noticias relativas a ese país. Así, en ocasión de las elecciones del pasado 7 de marzo, Pakistán fue tema de actualidad, como lo ha sido con motivo del golpe de Estado militar del 5 de julio.

Aquellas elecciones permitieron a Zufilkar Ali Bhutto, líder del Partido del Pueblo Pakistání, conservar la mayoría de los dos tercios en la Asamblea nacional. Fueron resultados electorales que la oposición declaró falseados y rechazó con indignación, lo que desencadenó una oleada de protestas de creciente violencia. Las milicias armadas del Partido del Pueblo las reprimieron sin contemplaciones, mientras que el Ejército pakistání, que se estima ser guardian del orden constitucional y seguridad interior, quedó marginado, desairado. No es éste factor desdeñable del golpe de Estado militar. Fue incruento, por cuanto las milicias se esfumaron sin intentar siquiera defender a Ali Bhutto.

Al descontento del Ejército hay que añadir otros factores. Uno de ellos que la política autoritaria de Ali Bhutto, que se hizo con el poder a raíz de la derrota pakistání de diciembre de 1971, acentuaba cada día más la distancia entre «país legal» y «país real», el de las tribus de la parte pakistání del Beluchistán, por ejemplo, que están en estado de rebelión endémica; el del sector burgués, deseoso de poner término al régimen dictatorial; el de las masas islámicas, opuestas a las decisiones laicas del líder del Partido del Pueblo. Sumados todos estos elementos, cabe estimar que existía en Pakistán una oposición que no reflejaron los resultados electorales.

En todo caso, la oposición se negó a admitirlos. Inmediatamente se iniciaron los tumultos callejeros. Detenidos y posteriormente liberados los líderes de la oposición, a los cuatro meses de desórdenes las aguas volvieron a su cauce. A principios de julio, el secretario general de la Alianza Nacional Pakistání, Ghafoor Ahmed, declaró

que, mediante acuerdo pactado entre el Gobierno y la oposición, se celebrarían nuevas elecciones en octubre. A renglón seguido, Ali Bhutto arremetió contra la oposición, acusándola de pretender una reconsideración de los términos del acuerdo. La lucha entre Ali Bhutto y los diversos partidos integrados en la Alianza Nacional tenía visos de cuento de nunca acabar.

Lo detuvo, de momento, el golpe de Estado promovido por el general Zai Ul-Haq, que encarceló a Ali Bhutto, a los miembros de su gobierno y posiblemente a los dirigentes de la oposición, al tiempo que suspendía la Constitución. Sin embargo, los observadores—en particular británicos e hindúes—estimaron que la toma del poder por el Ejército no sería indefinida, contrariamente a lo sucedido en tiempos de Ayub Jan y Yaya Jan, cuyas intervenciones tuvieron como base jurídica la ley marcial.

El pronóstico fue acertado. El 1 de agosto, el gobierno militar anunció la celebración de elecciones generales el próximo 18 de octubre para elegir una Asamblea federal nacional y los legisladores de cuatro provincias. De otra parte, se concedió permiso para reanudar, con algunas restricciones, la actividad política de los partidos. Las lecciones de democracia prodigadas durante años por Gran Bretaña no han caído en terreno baldío.

La decisión de volver a un régimen civil sugiere que los actuales dirigentes de Pakistán daban por sentado que, en las próximas elecciones, Ali Bhutto y su Partido del Pueblo no lograrían una victoria semejante a la del pasado marzo, es decir, lo apartarían democráticamente del poder. Ali Bhutto no es grato al Ejército, en parte por haber logrado el poder merced a la cruel derrota de 1971. Ali Bhutto no ignora esta animadversión: lo prueba la creación de milicias armadas del Partido del Pueblo, que reinaron en Pakistán arrinconando al Ejército en sus cuarteles. Ello en lo interior. En el ámbito internacional, Ali Bhutto venía fomentando un razonado disgusto en el Ejército debido a sinuosos acercamientos a la URSS, en tanto que multiplicaba los ataques dirigidos contra Washington y se enfriaban las cálidas relaciones de antaño con Pekín. Pero el Ejército pakistaní, luego de la seguridad del país, depende en lo económico de potencias árabes antisoviéticas—en particular de Arabia Saudita—. En cuanto al material bélico, Pakistán lo recibe de los Estados Unidos y China Popular, con alguna aportación de material francés. Por tanto, se evidencia lo incongruente y peligroso de una política exterior de alejamiento de los aliados objetivos y estrechamiento de lazos con la URSS, odiada por el Ejército, que justificadamente la considera responsable

de la derrota de 1971 frente a la Unión India. Por consiguiente, es de presumir que, junto a razones de orden interno, razones de orden internacional han tenido incidencia en la decisión del Ejército de dar al traste con el gobierno de Ali Bhutto. Por lo menos tal se deduce de lo declarado por Ali Bhutto a mediados de agosto. Puesto en libertad, pudo perorar a placer y atacar violentamente a los Estados Unidos, responsables, según él, de su derrocamiento, advirtiendo que, de ganar las elecciones, «nadie debe soñar con la injerencia del extranjero en Pakistán». Por antonomasia, «el extranjero» es siempre los Estados Unidos.

El argumento del imperialismo norteamericano y sus injerencias en asuntos internos podía ser el caballo de batalla de Ali Bhutto en su campaña electoral, susceptible de atraer a las masas y darle en octubre un triunfo furiosamente discutido en marzo. De ahí que a finales de agosto corriera el rumor de que se gestaba en Pakistán un nuevo golpe de Estado. Era una solución para que no se celebraran las elecciones convocadas por el general Zai Ul-Haq, evitándose así el riesgo de una vuelta al poder de Ali Bhutto, que para sacarse la espina de su derrocamiento podría darle la espalda a Washington y, de paso, a Pekín. Nuevamente detenido bajo acusación de asesinato, liberado poco después, detenido por tercera vez el 17 de septiembre, junto con sus más allegados colaboradores, a finales de septiembre no se descartaba la posibilidad de que Ali Bhutto fuera fusilado. Desde luego, sería un medio radical para descartar la eventualidad de que se hiciera de nuevo con el poder, lo que podría provocar otro u otros golpes de Estado, no exentos de riesgos. Porque sucesivos golpes de Estado son síntoma inequívoco de debilidad de un país. Y quién sabe si el pro soviético ministro de Defensa de la Unión India, Ram, no se vería tentado de aprovechar la situación para dirimir con las armas el nunca resuelto pleito de Cachemira. En todo caso, detenido e incluso ejecutado Ali Bhutto, no se impone que Pakistán se sosegará y renuncie a alborotos callejeros, como se produjeron a raíz de la segunda y tercera detención del líder del Partido del Pueblo.

TENSIONES ENTRE TAILANDIA Y CAMBOYA

Durante el mes de agosto han sido tantos los acontecimientos relevantes en el ámbito internacional que, lógicamente, pasaron a segundo término los sangrientos incidentes registrados a principios de mes en la frontera entre Tailandia y Camboya o Kampuchea, nuevo

episodio de la disputa territorial que enfrenta a los dos países desde el pasado enero. Tailandia reaccionó ante el reciente ataque amenazando con represalias, pero, al tiempo, declarándose dispuesta a negociar un acuerdo pacífico para poner término a enfrentamientos que son secuela de remotas situaciones históricas.

En efecto, al iniciarse en el siglo XIII la decadencia del Imperio jemer, el pujante reino de Siam se expandió a costa de su postrado vecino. Francia, protectora de Camboya desde 1864, firmó en 1907 un tratado con el entonces Siam—actualmente Tailandia—por el que ésta restituía a la nación protegida determinadas provincias, salvándose así Siam del protectorado que la rondaba. Es posible que algún trozo de territorio poblado de jemers haya seguido formando parte de Tailandia, donde pululan minorías distintas de la población tai: malayos, laosianos, chans, karenes, etc. Ese mosaico de etnias no es el menor de los problemas del Gobierno de Bangkok, que desde hace años, concretamente desde 1965, tiene en su suelo guerrillas organizadas y activas, nutridas por esas minorías marginadas y, naturalmente, apoyadas desde el exterior, en particular por el Vietcong a través de Laos durante la guerra de Vietnam. Sus ataques, incluso a la gran base norteamericana de U-Tapao, «santuario» de los B-52, reflejaban colaboración o por lo menos pasividad de la población tailandesa. Es extremo que el Gobierno de Bangkok puede sumar a sus preocupaciones, entre las que figura su escasa fortaleza y el problema de romper amarras con los Estados Unidos, sin quedarse por ello al garete.

En el verano de 1976, el gobierno de Seni Pramoj llegó a resolver la primera parte del problema: evacuación de las fuerzas norteamericanas estacionadas en Tailandia. No se remedió con ello la crisis económica ni las tensiones existentes en el país, de las que es reciente exponente el atentado perpetrado con los reyes a finales de septiembre. Más bien se agravó la situación. En octubre de 1976 se produjo un golpe de Estado militar de signo anticomunista feroz. Acto seguido, el Gobierno de Bangkok autorizó a la aviación norteamericana a utilizar la base de Tajli como punto de escala de los aviones que, procedentes de Filipinas, se dirigen a la isla de Diego Suárez, importante base de los Estados Unidos en el océano Indico. Ello muestra la importancia de Tailandia en el sistema defensivo a escala mundial de los Estados Unidos y, asimismo, cuánto necesita Tailandia no hacerle ascos al apoyo norteamericano, de pretender subsistir como país asiático no comunista, aunque las barbas peladas de sus vecinos Laos y Camboya no inciten excesivamente a dar por superfluo el cuidado

de poner las suyas al remojo. De ahí que pueda decirse que, sin estar «sola ante el peligro», Tailandia no tiene un seguro a todo riesgo frente a sus vecinos comunistas y su guerrilla doméstica que, un tanto ociosa actualmente, podría reactivarse en caso de conflicto armado con un país fronterizo.

De momento, las relaciones de Tailandia con Laos son correctas desde que en el verano de 1976 una delegación tailandesa visitó Laos, acordándose la reapertura de los puestos fronterizos sobre el río Mekong. Cabe que la situación no se modifique, por lo menos mientras se afianza el comunismo en Laos, donde a partir del acuerdo de 1973 entre el Gobierno de Vientián y el Pathet-Laos para «la paz y el restablecimiento de la concordia nacional», el Pathet-Laos se aplicó, silenciosa y eficazmente, a minar el poder real y gubernamental hasta conseguir que, sin rechistar, el 28 de noviembre de 1975 abdicara el rey y renunciara a su cargo el primer ministro, Suvanna Fuma, gran neutralista que pocos meses antes no había tenido inconveniente en aceptar el control de su gobierno por los comunistas. Proclamada la República Popular y Democrática de Laos, habrá de vencer resistencias internas y superar dificultades antes de perseguir objetivos de mayor alcance. Uno de ellos pudiera ser, a medio o largo plazo, incitar a los tais de Tailandia a unirse, por lo menos ideológicamente, a los tais laosianos y del antiguo Tonkín, actualmente norte de Vietnam, de un Vietnam que parece llevar la batuta de un comunismo surasiático que se afana por la equidistancia entre Pekín y Moscú y por realizar el gran sueño de Ho Chi-Minh: unir en una empresa común a todas las partes de la antigua Indochina francesa. Ciertamente, Tailandia no formó parte de ella y ha sido siempre país independiente, pero ¿por qué excluir de la empresa común a una Tailandia étnicamente hermana de minorías laosianas y vietnamitas?

En todo caso, la antigua nación protegida por Francia, Camboya, ahora denominada Kampuchea, no da señales de querer unir su suerte a la de los antiguos miembros de la Indochina francesa, sino todo lo contrario, como evidencian choques armados en su frontera con Vietnam. Tampoco da señales de consentir que la lleve, oriente o aconseje la URSS, con la que tiene pendiente el contencioso de su apoyo a Lon Nol. Menos reticente se muestra con China Popular, que en tiempos apoyó a Norodom Sihanuk, cuyo paradero se ignora, por cierto, aunque la flamante Kampuchea parece querer ir a su aire, un aire de gamberro de Asia. Su principal actividad conocida—nadie sabe lo que sucede dentro de sus fronteras, cerradas a cal y canto para los observadores—parece ser atacar a Tailandia al socaire de

una liberación del territorio nacional. Nada permite dudar que actúa por cuenta propia y movida por una reivindicación territorial, pero de caer una de las pocas fichas anticomunistas de Asia que aún permanece en pie se alteraría un equilibrio que favorece a los Estados Unidos, luego que no interesa a la URSS, aunque siempre cabe que China Popular lleve a Kampuchea por el buen camino. Y bien sabido es que para China Popular el buen camino es hacerle frente a la URSS, su máxima preocupación. La cordialísima acogida dispensada a la delegación de Kampuchea que el 28 de septiembre se trasladó a Pekín sugiere que China Popular está decidida a desvivirse porque Kampuchea no se descamine, insistiendo en prestar ayuda en la ya iniciada tarea de colaborar con técnicos y asesores a levantar a Kampuchea de su ruina.

LA REUNIÓN DE OTOÑO DEL CONSEJO DEL ATLÁNTICO NORTE

No bien se anunció a mediados de septiembre que se celebraría en París la reunión de otoño del Consejo del Atlántico Norte—que no es exactamente la OTAN—, surgió la inmediata protesta del Partido Comunista francés y asimismo del sector de la mayoría que se estima celoso albacea de la herencia política del general De Gaulle. Dado que la filosofía política que se entrafia en la retirada de Francia de la OTAN en 1966—aunque no del Tratado del Atlántico Norte—ha sido fundamento de la acción exterior gala, es lógico que sus fieles continuadores se alcen contra cualquier reconsideración de las relaciones con aquella organización. No es menos lógico que el Partido Comunista junto con el Partido Socialista adopten idéntica postura, si bien por otros motivos. Para la oposición, la comunidad atlántica es una especie de Santa Alianza destinada a mantener el orden sociopolítico de la Europa occidental.

Desde luego, derrocar ese orden no fue el objetivo perseguido por el general De Gaulle al iniciar la paulatina retirada de Francia de la OTAN en cuanto volvió al poder en 1958, concretamente cuando Foster Dulles prestó oídos de mercader a su demanda de revisión de la organización, en la que indudablemente Estados Unidos llevaban la voz cantante por ser los que definían y ponían por obra la estrategia de la Alianza, mientras las fuerzas convencionales de los aliados estaban supeditadas a los mandos interaliados. Desde luego, la fórmula no es democrática, pero respondía a la realidad de la relación de fuerzas y, entonces, al hecho de que sólo Estados Unidos tenían

capacidad nuclear, cuya responsabilidad resulta técnicamente imposible compartir. El general De Gaulle no ponía en tela de juicio el sistema de alianza occidental —prueba de ello, no denunció el Tratado del Atlántico Norte—; lo que pretendía era una reforma de la OTAN que diera carácter propio al componente europeo de la organización. En el fondo, su preocupación restablecer la soberanía francesa en el ámbito terrestre, marítimo y aéreo, que la eventual defensa de Francia sólo dependiera de fuerzas francesas y que su país, no más que los restantes países europeos, se vieran implicados en un conflicto ajeno a los intereses nacionales y exterior al área amparada por el tratado, como pudo suceder con motivo de la crisis de Cuba en 1962.

Con todo, la retirada de Francia de la OTAN no fue tan absoluta como pareció. Por lo pronto, no se trataba de excluir a Francia de la intervención de sus fuerzas junto a los aliados atlánticos en caso de conflicto. De ahí que los acuerdos Ailleret-Lemintzer de 1967 fijaran las condiciones de participación de las fuerzas francesas en la acción común, lo que implicó el mantenimiento de misiones de enlace con los Estados Mayores integrados y Comités militares. De otra parte, Francia no ha cesado de participar en la NAGDE o sistema atlántico de detección aérea, sin la cual incuestionablemente la defensa preventiva de Francia sería harto menguada. Más adelante, la colaboración se amplió al ámbito de las transmisiones tácticas. Es decir, que la retirada de Francia de la OTAN se detuvo en el punto exacto en que podían peligrar sus intereses nacionales.

Pero tal retirada, decidida sin contar con el Parlamento, no era un fin en sí. Era el medio de una política exterior que con cierta ironía se ha calificado de «gran designio» del general De Gaulle: superar la división de Europa en dos bloques y establecer un nuevo sistema de seguridad. El contexto internacional no permitió que el «gran designio» llegara a puerto. Inicialmente no tuvieron éxito los sucesivos planes de organización de una Europa menos recortada que la económica de la CEE. No dieron mayores resultados prácticos la espectacular apertura al Este, facilitada por la libertad de movimientos de Francia y que apuntaba a un ambicioso plan de seguridad paneuropea. Bien es verdad que aunque oficialmente el diálogo norteamericano-soviético se iniciara en noviembre de 1969, ya se venían registrando pruebas de relajamiento de la tensión entre las dos superpotencias aun antes de que el general De Gaulle abandonara el poder. Es decir, que parecía plasmarse el riesgo por él señalado de que en la hondura de un acuerdo entre las dos superpotencias estuviera el dar categoría de «santuario» a los respectivos territorios nacionales,

aun a costa de que Europa se convirtiera en campo de batalla en caso de conflicto.

Esa eventualidad explica que apenas accediera Georges Pompidou a la presidencia de la República (junio de 1969) ajustara la política francesa a la nueva realidad de la seguridad, y que más adelante la evolución de las relaciones norteamericanas-soviéticas le incitaran a pedir a Estados Unidos que ratificara su compromiso de reforzar el componente europeo de la Alianza en el marco de la OTAN. La reticencia de los aliados europeos en cuanto a un plan de defensa de Europa con medios nucleares franco-británicos no dejaba otra opción que cobijarse en la Alianza Atlántica y, por vía de consecuencia, en su brazo armado, la OTAN, aunque fuera solapadamente. Por ello, en ocasión de su viaje a Estados Unidos (febrero de 1970), el presidente Pompidou abogó por una presencia significativa de fuerzas norteamericanas en Europa para mantener el equilibrio entre el Este y el Oeste. Es extremo sobre el que insiste en 1972 el ministro de Defensa, Michel Debré, y vuelve de nuevo Pompidou después de su entrevista con Nixon en Reykjavik (junio de 1973), replicando así a la campaña iniciada por el senador Mansfield sobre la retirada de fuerzas norteamericanas en Europa. Poco después, el Congreso norteamericano no sólo desistía de que regresaran a casa los boys, sino que consintió el envío de dos brigadas a la República Federal.

En suma, puede decirse que desde la llegada al poder de Pompidou se hizo patente el propósito del Gobierno francés de desarrollar la cooperación con la OTAN y estrechar los contactos con el SHAPE, por más que los comunistas y los gaullistas pusieran el grito en el cielo, invocando la dignidad y la independencia de Francia. Con el presidente Giscard d'Estaing no ha cesado de acentuarse la tendencia a considerar la defensa de Francia en el marco de la OTAN, como puede deducirse de la firma en junio de 1974 de la nueva declaración atlántica y la decisión de suspender las pruebas atómicas en la atmósfera, aparte de que a raíz del encuentro Ford-Giscard d'Estaing en la Martinica (diciembre de 1974) el comunicado final registra el propósito de «mantener estrechas relaciones en materia de defensa, considerando la cooperación entre Francia y la OTAN, factor importante para la seguridad de Europa». Empero, Francia no se ha integrado en el Eurogrupo, demasiado vinculado a la OTAN, lo que no impide que se estén desarrollando en Francia concepciones estratégicas y políticas que ponen en solfa el propósito gaullista de autonomía de decisión, o sea que Francia actuara a su libérrimo mejor ver y entender en materia de defensa. Un nuevo enfoque del problema de la

defensa nacional es lo que se desprende del discurso que en junio de 1978 pronunció el presidente Giscard d'Estaing en el Instituto de Altos Estudios de Defensa Nacional.

Dados los avances técnicos—incremento de las velocidades y de los alcances—, es evidente que resulta utópico un propósito de defensa estrictamente nacional y no colectiva. En 1940, los alemanes cruzaron a Francia de punta a punta en un mes. El eventual enemigo podría cruzarla en días en una guerra en que sólo intervinieran armas convencionales, suponiendo—que no es poco suponer—que tal eventual enemigo haya de recurrir a las armas para campar por sus respetos en este o aquel país europeo. La ideología y su complemento, la estrategia indirecta, pueden ahorrar una guerra. Quizá, de hecho, las estén ahorrando.

AFRICA, MOTIVO DE INQUIETUD PARA EUROPA

En la casi totalidad de los países del Africa negra que accedieron a la independencia la retirada de la potencia colonizadora creó un vacío, por más que tales potencias se esforzaran por mantener alguna influencia en ellos mediante diversas fórmulas. Salvo en contadas excepciones, no dieron el resultado apetecido. Tampoco dio resultado, por torpe y cicatera, la acción que emprendió Estados Unidos para hacer acto de presencia eficaz en las nuevas naciones. Y se produjo el ocaso de la influencia de Occidente en amplias áreas de Africa, ocasión que la URSS supo aprovechar para infiltrarse paso a paso y desde hace unos diez años. Dado que la naturaleza odia el vacío, pudo no sólo infiltrarse, sino asentarse en algunos países, al socaire de un socialismo que brindaba asistencia económica, educativa y militar, como era de esperar del «aliado natural» de los colonizados. La intervención cubana en Angola, sólo posible merced al apoyo que la URSS prestó sin tasa, y el intento de invasión del Zaire, de sumo interés estratégico por su situación en el continente y su riqueza de minerales, son ejemplos recientes de los frutos que permite recoger una labor cuyo objetivo no es estrictamente tener vara alta en Africa.

En efecto, la presencia activa en Africa es sólo parte de una estrategia global que apunta a acogotar a Europa, baza de la partida que juegan las dos superpotencias, ambas deseosas de predominio. Por ser Africa flanco importante de Europa y su talón de Aquiles en lo económico, por cuanto en parte muy apreciable depende de Africa para el suministro de materias primas que su industria engulle vorazmente, el vecino continente se ha convertido en teatro de operaciones o

guerra periférica entre la URSS y Estados Unidos. En esa guerra periférica, ni en ninguna otra, las dos superpotencias se enfrentan directamente y, por lo demás, no utilizan los mismos medios y métodos. Así, en el Africa austral la URSS cuenta con guerrillas y naciones dispuestas a hacer uso de las armas. Tal se impone en el caso de Rhodesia. En cambio, Estados Unidos y su conmlitón, la Gran Bretaña, se atienen a viajes de representantes suyos, negociaciones, planes y dimes y diretes. Algo semejante viene sucediendo en el llamado «Cuerno de Africa», donde se ventila el futuro del Mar Rojo a través del embrollo de la lucha entre etíopes, eritreos y somalíes, sin que pueda adelantarse sin temor a errar quién se alzarará con el santo y la limosna cualquiera que sea el vencedor en la lucha, tan ambigua aparece la postura de Somalia. Lo grave para Europa es que, según sea el desenlace de la lucha entre Estados Unidos y la URSS en esa y en otras áreas de Africa, así será su futuro.

En efecto, de llegar la URSS a controlar los recursos del Africa negra, aunque sea a través de gobiernos de su ideología, como sucede en Angola y Mozambique en particular, y además a dominar a través de esos mismos países la línea estratégica por la que llega a Europa el petróleo procedente del golfo Pérsico—océano Indico y Atlántico Sur—, podría asfixiarse económicamente a Europa, que es tanto como decir asfixiarla políticamente de supeditar lo político a lo económico conforme a la jerarquía fundamental del marxismo. No es dudoso que fuera esa temible perspectiva la que movió a Francia a aportar decisiva ayuda logística a Marruecos en su eficaz intervención en el Zaire para repeler la invasión de los «katanguéños». Ese palmetazo infligido a la iniciativa soviética no ha impedido que el 28 de septiembre el presidente del Consejo francés, Raymond Barre, fuera acogido en Moscú con honores dignos de un rey. La URSS no se suele privar de seguir el consejo maquiavélico de «besa la mano que no puedes cortar», por lo menos de momento.

Porque sería ingenuidad o bobalicón optimismo confiar en que el fracaso del Zaire hará desistir a la URSS de ampliar su influencia operante en cuantos más países pueda del Africa negra, en particular en las costas del Indico y del Atlántico meridional, sin excluir el Africa Central y del Sur, donde Estados Unidos no parece tener la iniciativa o una iniciativa desenfocada en orden a los intereses vitales de Europa, si bien conforme a los derechos del hombre. La destrucción o neutralización de los dos bastiones blancos en Africa austral será sin discusión una gran victoria de la moral, pero puede ser, y posiblemente sea, el prolegómeno de grandes dificultades para

Europa por poco que, ateniéndose al carácter «científico» del marxismo, la URSS aplique un análisis económico a la cuestión para trazar y poner en práctica un programa político de envergadura acorde con su estrategia global.

No se insistirá nunca bastante sobre el hecho de que es el análisis económico el que pone de manifiesto la importancia que Africa tiene para Europa. De suerte que de ampliar la URSS al ámbito internacional la crítica que hace a escala nacional, sustituyendo el capitalismo individual por la nación y el trabajador explotado por las naciones explotadas, ¿puede no considerarse una lucha de clases, con todas sus consecuencias, de dimensión continental? Una de las manifestaciones de la lucha de clases es la huelga. La huelga es cesación del trabajo. También puede ser cesación de suministros de materias primas por imperiosa necesidad para la industria y hasta para la defensa. Por supuesto, ello no supondría para las naciones explotadas ocupar automáticamente el lugar de las naciones explotadoras, o sea hacerse con su riqueza, progreso, nivel de cultura y bienestar. Pero ya dijo un jacobino furibundo, en la Convención francesa, allá por los años 1793: «Perezcan las colonias antes que los principios.» Las colonias o las naciones, lo mismo da.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

